



Miguel León-Portilla

La California mexicana
Ensayos acerca de su historia

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad Autónoma de Baja California
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

310 p.

Ilustraciones, mapas

(Serie Historia Novohispana, 58)

ISBN 968-36-4717-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 6 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/california/304a.html>

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

XV

PRÓLOGO A LA FRONTERA MISIONAL DOMINICA
EN BAJA CALIFORNIA*

Propósito del libro de Peveril Meigs es dar a conocer, desde una perspectiva tanto geográfica como histórica, lo que en sus pocos más de cincuenta años de existencia, a partir de 1772, fue “la frontera misional dominica en Baja California”. Su formación académica lo había inducido a realizar investigaciones en archivos y bibliotecas, y también de campo, es decir, en la región misma objeto de su interés. Según él lo expresó, concibió este trabajo que fue su tesis doctoral en la Universidad de California en Berkeley (1932), como “un capítulo de geografía histórica”.

Hasta entonces, fuera de la crónica del dominico fray Luis de Sales que había sido allí misionero, muy poco era lo que se había escrito sobre dicho capítulo de la historia californiana.¹ Y desde luego, nadie había acometido —ni hasta hoy se ha vuelto a intentar— otro estudio de la misma región con este doble e integrado enfoque, geográfico e histórico, al que podríamos añadir en justicia el de antropológico.

Como lo comprobarán quienes disfruten de la lectura de este libro, Peveril Meigs aporta en él un gran caudal de información de primera mano. Sus pesquisas documentales las realizó sobre todo en archivos de California donde se conservaron no pocos testimonios pertinentes. Sus observaciones las llevó a cabo recorriendo entre 1926 y 1930 gran parte de “la frontera misional dominica” en la California mexicana.

Comprende dicha región, de sur a norte, desde el paralelo 30°, cerca del cual se ubica la misión de San Fernando Velicatá, —única establecida antes por los franciscanos— hasta las de San Miguel, Guadalupe y El Descanso, más allá del paralelo 32°, unos cuarenta y cinco kilómetros abajo de la línea divisoria con los Estados Unidos. Paralela a la costa del Pacífico, se extiende allí una faja de territorio con una serie de mesas surcadas

* Peveril Meigs III, *La frontera misional...*, pp. 7-25.

¹ Fray Luis de Sales, dominico, laboró en la Baja California y a él se debió la fundación de la misión de San Miguel Arcángel de la Frontera en 1797. Escribió *Noticias de la provincia de California. En tres cartas escritas a un amigo*, Valencia, 1794. Existe reedición ya citada en el capítulo anterior.

por arroyos que descienden de la sierra de San Pedro Mártir y sus varias ramificaciones. Hacia al oriente, se yerguen la dicha sierra y, más al norte, la de Juárez. Pobladas ambas de pinares, en su interior los dominicos alcanzaron a establecer una misión. Más al este, la sierra termina abruptamente dando lugar al desierto de San Felipe, que corre paralelo al golfo de California.

La franja a lo largo del Pacífico y una parte de la sierra fueron el gran escenario geográfico en el que se desarrolló esta historia. Cuando Peveril Meigs anduvo la región, cruzando arroyos, mesas y montañas, no había en ella sino brechas y tortuosos caminos de tierra. El entonces joven investigador, además de registrar con mirada de geógrafo sus características principales, ubicó las misiones y levantó planos de cada una de ellas. Identificó lo que fueron, a partir del testimonio de lo que quedaba de ellas: restos de sus muros de adobe y algunos otros poco impresionantes vestigios.

La obra de Meigs, a cerca de sesenta años de su presentación original como tesis de doctorado y de su primera edición formal en 1935, mantiene su valor y su interés. Creo justo afirmar que es ya un clásico en la historiografía de la California a la que primordialmente este nombre pertenece. Antes de poner de relieve sus principales méritos y de hablar acerca de su autor, considero necesario situar desde una perspectiva distinta a la adoptada por él, la significación que llegó a tener la presencia y actividad misionera de los dominicos en esa región que ya desde entonces fue de frontera.

LOS DOMINICOS EN EL CONTEXTO DE LAS MISIONES CALIFORNIANAS

Impenetrables fueron las Californias para los europeos por más de siglo y medio, desde que ocurrió el fallido primer contacto entre españoles e indígenas, al parecer en la bahía de La Paz, en 1533. Y la entrada definitiva no se alcanzó por el camino de las armas. Tras numerosos intentos siempre fracasados, correspondió al jesuita Juan María de Salvatierra dar comienzo a lo que sería ya un establecimiento definitivo. Ello tuvo lugar en el puerto de Loreto, el 12 de octubre de 1697. Su “escolta” la integraban un sargento y cinco soldados.

Los jesuitas permanecieron en la California peninsular setenta años, hasta su expulsión, a principios de 1768 por órdenes de Carlos III. Durante ese lapso fundaron diecisiete misiones entre los guaycuras, pericúes y cochimíes. Nacieron así incipientes poblaciones desde San José del Cabo hasta San Borja, cerca del paralelo 29º y un poco más al norte, con breve existencia, en Santa María de los Ángeles Kabujakaamang. La historia de

la acción misionera de los jesuitas en el vasto territorio que abarcaron — más de 100 mil kilómetros cuadrados— la escribieron varios miembros de la misma orden religiosa. Sobresalen las obras de Miguel Venegas, Francisco Xavier Clavigero y Miguel del Barco.²

De epopeya y también de drama ha sido calificada la presencia de los jesuitas en California. En realidad fue ambas cosas. Hubo epopeya porque en un lapso bastante corto exploraron buena parte de la península, incluso las bocas del Río Colorado, de todo lo cual dejaron mapas e informaciones, y también porque a ellos se debieron las fundaciones de centros que hasta hoy perduran. En algunos, como Loreto, San Luis Gonzaga, San Xavier y San Ignacio, levantaron templos y otras edificaciones hasta hoy dignas de admiración. Son ellas las más antiguas “misiones de California”.

Pero la presencia y acción de los jesuitas fue también drama y aún tragedia. En esos setenta años los indígenas disminuyeron de forma alarmante. Las principales causas fueron la introducción de enfermedades que les eran desconocidas, así como la imposición —si se quiere con la mejor de las intenciones— de formas de vida, reguladas a toque de campana, como lo escribió uno de sus cronistas. Se alteró así de raíz la que había sido existencia en vagabundeo de recolectores de frutos, cazadores y pescadores, sin más reloj que el sol y sus apetitos. Además, la forzada salida de los jesuitas dejó por algún tiempo en abandono a sus misiones con el consiguiente colapso de su precaria economía y dispersión de no pocos de los ya muy reducidos indios recién cristianizados.

Meses después se hicieron cargo de esas arruinadas misiones los franciscanos del Colegio de San Fernando. Al frente de ellos iba fray Junípero Serra. Desde un principio su actividad en la península tuvo un cierto carácter de provisionalidad. El visitador real José de Gálvez, que había apoyado decididamente la entrada de los franciscanos en California, tenía en mente un ambicioso proyecto. Persuadido por lo que había visto durante su breve estancia en algunas de las antiguas misiones jesuíticas, de la escasez de recursos naturales y humanos en la península, se había propuesto hacer realidad el dominio de España en las tierras más al norte. Ante los riesgos de penetración de potencias extranjeras, era urgente integrar un plan de colonización que abarcara desde Sonora y la Antigua California hasta más allá del puerto de Monterrey y cuanto pudiera avanzarse en el septentrión.³

² Ellas han sido citadas muchas veces en este libro.

³ Sobre los planes de José de Gálvez, véase Luis Navarro García, *José de Gálvez y la comandancia general de las Provincias Internas del norte de la Nueva España*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1964; y también Ignacio del Río, “Los sueños californianos de José de Gálvez”, *op. cit.*, pp. 15-24.

En tal proyecto, a juicio de Gálvez, los franciscanos con fray Junípero Serra debían desempeñar un papel muy importante. Así, mientras los frailes recién llegados a la península iban tomando a su cargo las antiguas y decadentes misiones, Gálvez, tras conferenciar con Serra, dispuso se iniciara cuanto antes el avance hacia el norte, más allá de donde habían laborado los jesuitas. El primer objetivo fue ocupar la bahía y puerto de San Diego.

Esto se llevó a cabo con dos embarcaciones que zarparon una de La Paz y la otra de cabo San Lucas. Paralelamente partieron por tierra, desde Loreto, dos expediciones. Fray Junípero se puso en marcha, al frente de una de ellas, a fines de marzo de 1769. Sobreponiéndose a la grave dolencia de una pierna que de tiempo atrás tenía llagada, arribó mes y medio después al paraje de Velicatá, donde fundó la misión de San Fernando, la única erigida por los franciscanos en Baja California. Continuando luego hacia el norte, llegó al fin a San Diego el 1 de julio de ese año. Allí estableció la primera misión en la Alta o Nueva California.

Francisco Palou, antiguo discípulo de fray Junípero y cronista de las misiones, había sido nombrado superior de las que quedaban en la península. Correspondió a él tomar conciencia de la situación que prevalecía en ellas y dar cuenta de esto, a fines de 1771, al padre guardián del convento de San Fernando en la ciudad de México. En su informe habla de las grandes penurias e impresionante disminución demográfica en las cabeceras misionales que les habían sido confiadas. A modo de conclusión asentó que sólo sobrevivían 5 094 indios, contando los de pecho, de los 7 149 que había tres años y cuatro meses antes, al tiempo de su llegada. Su conclusión fue que “si prosigue así, en breve se acabará la California antigua.”⁴ Ésta, pudo haber añadido fray Francisco Palou, tenía más de 40 mil indígenas, según cálculos confiables, cuando los jesuitas habían iniciado allí sus trabajos.

En el contexto de este cuadro tan sombrío, insinuó el padre Palou en su informe que sería muy conveniente que otra orden religiosa viniera en auxilio de los franciscanos. En tanto que éstos podían consolidar su presencia en San Diego y avanzar luego hasta el puerto de Monterrey, a otros correspondería tomar a su cargo lo que quedaba en la península y fundar otras misiones “en el país intermedio entre Velicatá [San Fernando] y San Diego”.

Tal posibilidad estaba de hecho a punto de realizarse. Desde que había ocurrido la expulsión de los jesuitas, el procurador de los dominicos ante la corte de Madrid, fray Pedro de Iriarte y Laurnaga, había manifesta-

⁴ Dicho informe lo incluyó fray Francisco Palou, en *Noticias de la Antigua y Nueva California...*

do los deseos que tenía su orden de laborar en California. Varios pasos hubieron de darse para llegar a un convenio o concordato que distribuyera las misiones californianas entre los franciscanos y los dominicos. Ello se alcanzó el 7 de abril de 1772.

A los seguidores de fray Junípero Serra correspondió la magna empresa de fundar la cadena de misiones desde San Diego hasta San Francisco y Sonoma, en la Alta California. En ese vasto territorio mucho más fértil y desde muchos puntos de vista promisorio, iban a echar los cimientos de una grandeza que, unas décadas más tarde, habrían de usurpar y disfrutar otros.

A los dominicos, en cambio, tocó en suerte una doble tarea. Por una parte, debían rescatar lo que era ya insalvable, es decir los antiguos centros con poblaciones en vías de extinción, donde habían laborado los jesuitas y luego por breve lapso los franciscanos. Por otra, correspondió asimismo a los dominicos llenar el vacío “del país intermedio”, al que se referiría Palou en su informe. Este país era precisamente el de La Frontera, el extenso territorio que, por coincidencia entonces imprevisible, llegaría a ser el más septentrional que pudo conservar México frente al llamado “Destino Manifiesto” o rapiña de los anglosajones que, en pleno siglo XIX, emprendieron avasalladora guerra de conquista.

En las antiguas misiones del centro y sur de la península correspondió a los dominicos mitigar de varias formas la tragedia de la extinción de sus pobladores nativos, sustituidos poco a poco por gentes que llegaban a establecerse allí procedentes del macizo continental mexicano y de otros países. Mérito de los dominicos fue haber dado remate a la edificación de varios de los templos y recintos misionales, ente ellos los aún en pie y dignos de admirarse en San Ignacio Cadacaamán, Santa Gertrudis y San Borja. Sobre lo que dejaron estos frailes desde San José del Cabo hasta San Borja al tiempo de su salida, proporcionó información precisa Ulises Urbano Lassépas en su bien documentada *Historia de la colonización de la Baja California*, publicada en 1859.⁵

Ahora bien, fue en la región nortea o de La Frontera donde la acción de los dominicos tuvo mayor significación. Allí fundaron ellos una cadena de misiones, nueve y algunas “visitas”, con consecuencias perdurables. Dado que, de acuerdo con los planes de José de Gálvez, la penetración había avanzado ya hacia el norte, resultaba inconcebible la existencia de un territorio también mucho más fértil que el del sur, en el que no hubiera establecimientos españoles. Éstos fueron los de las nuevas misiones, desde El Rosario hasta San Miguel y El Descanso. En cada una de esas

⁵ Ulises Urbano Lassépas, *op. cit.*

cabeceras, laboraron los dominicos en son de paz y, hasta donde les fue posible, promoviendo la participación de los indígenas en tareas como las de la agricultura con sistemas de regadío, la ganadería y la edificación de templos, escuelas y casas habitación.

UNA APRECIACIÓN CONTEMPORÁNEA DE LAS MISIONES DOMINICAS

Desde el punto de vista del México moderno, las misiones dominicas son el antecedente de la colonización, que ha culminado en el siglo xx, de esa región que sigue siendo de frontera, probablemente la más dinámica de todo el país. Aun cuando las misiones dominicas experimentaron, como las de los jesuitas y franciscanos, una cada vez mayor disminución demográfica, fue el área de su antigua jurisdicción la única de Baja California en la que sobreviven hasta hoy algunos indígenas. Me refiero a las pequeñas comunidades paipai, kumiai y kiliwa para dar un ejemplo, en las inmediaciones de la antigua misión de Santa Catarina. El propio Peveril Meigs afirma en varios lugares de su libro que conversó con algunos indios. Acerca del valle de San Miguel, en el que había existido un importante centro indígena, dice que un sobreviviente nativo le explicó cuál era el antiguo nombre de ese sitio: Ja-kmatl-jap, “Fuentes calientes del valle”.

Lo que pudo contemplar Meigs cuando recorrió la región de “la frontera dominica” entre 1926 y 1929, le permitió expresar su parecer acerca de lo que podían significar esas misiones a sus ojos de investigador interesado a la vez en la geografía, la historia y la antropología. No habla de las misiones como de una epopeya, como lo han hecho otros respecto a las empresas jesuítica o franciscana. Tampoco exalta los vestigios materiales que quedaban de los establecimientos dominicos. Ni siquiera menciona que fueron frailes de dicha orden los que concluyeron las impresionantes edificaciones de San Ignacio Cadacaamán, Santa Gertrudis y San Borja. Ello probablemente porque dichas misiones, que habían sido de los jesuitas, no están ubicadas en el territorio de La Frontera.

Reconoce, por otra parte, que los sitios que escogieron los dominicos para fundar cada misión fueron en general bastante adecuados desde el punto de vista de sus recursos naturales. En particular pondera cómo aprovecharon en ellos el agua, construyendo sistemas de regadío, algunos de los cuales continuaban en función al menos parcialmente cuando visitó los pueblos que habían surgido en las antiguas misiones.

Con criterio bastante objetivo, siempre sobre la base del análisis de estadísticas basadas en libros que pudo consultar de bautismos, matrimonios y defunciones, discute las causas de la declinación demográfica. Entre ellas encuentra dos que coinciden con las que se presentaron también

en el resto de la península y en Alta California. Son ellas la propagación de enfermedades antes desconocidas para los indios y el trauma que implicó la alteración de sus antiguas formas de vida. No obstante ello, en varios lugares insiste en la supervivencia—que no ocurrió en el área jesuítica— de algunas familias y aun comunidades indígenas.

En opinión de Meigs una valoración justa de la acción dominica lleva a reconocer que su presencia significó llenar un vacío en el proceso de expansión hispánica hacia el gran noroeste de la Nueva España. Nota también que esta región, que fue desde entonces de frontera —por su separación del ámbito de las misiones franciscanas— tuvo un destino de aislamiento. En tal contexto, el antecedente de estas misiones confirió para siempre a la región una cierta raíz cultural. Pensó también Meigs que ese destino de aislamiento respecto de México no sólo continuaba sino que sería difícil de superar. Esa “frontera” existía en creciente dependencia económica y aun cultural de Alta California, es decir de los Estados Unidos. Las últimas palabras de su libro son curiosamente de advertencia: “Probablemente —nos dice— a la larga, al Territorio [Baja California tenía entonces tal status político] le irá mejor desde el punto de vista mexicano, si no se permite que el capital americano tenga una influencia indebida”.

Ha puesto en correlación la experiencia misional de los dominicos, los jesuitas y los franciscanos. Varias semejanzas y diferencias han quedado de manifiesto. Principal y lastimosa coincidencia fue la desaparición de la mayor parte de los indígenas por las causas ya señaladas. Semejanza en todas ellas es haber constituido los inicios de la colonización española y la introducción del cristianismo en los vastos territorios de la Baja y la Alta California. Por esto mismo fueron todas estas misiones, en sus emplazamientos, los antecedentes de muchas de las principales ciudades que hoy existen allí, desde San José del Cabo y La Paz, hasta San Diego, Santa Bárbara y San Francisco.

Entre las diferencias sobresalen varios aspectos en los métodos adoptados en la evangelización y trasplante cultural. Los jesuitas, extremadamente metódicos, impusieron las nuevas formas de vida “a toque de campana”. Más tolerantes fueron los franciscanos y dominicos. Los jesuitas, aunque contaron con ricos benefactores y crearon el Fondo Piadoso de las Californias, tuvieron que actuar en contextos geográficos en su mayoría muy adversos. A los franciscanos tocó en esto mucho mejor suerte en la Alta California. Los dominicos en ámbitos geográficos sólo en parte propicios, tuvieron que esforzarse para hacer casi del todo autosuficientes a sus misiones. Aprovecharon al máximo los recursos hidráulicos a su alcance. Pudieron introducir así los cultivos con riego, de maíz, trigo, frijol, cebada, diversas hortalizas, varios frutales, entre ellos el de la vid y, por consiguiente, la producción de vino. La ganadería echó

desde entonces raíces firmes en la región. La pesca de especies codiciadas, como el abulón, los mejillones y las ostras, practicada desde antes por los indios, se continuó con mejores técnicas en varios lugares, de modo particular en la misión de San Miguel.

Diferencia grande, notada por Meigs, es el aislamiento en que desarrollaron sus actividades los dominicos en la región de La Frontera. Los jesuitas habían contado al menos con barcos que periódicamente surcaban el mar de Cortés trayéndoles provisiones y otros recursos económicos. Los franciscanos, aunque con grandes dificultades, se mantuvieron también comunicados con México por vía marítima. Además, durante varias décadas recibieron en San Diego y otros lugares visitas de los navíos que, en sucesivas expediciones, habían salido de San Blas para reconocer los litorales del noroeste del continente. Entre tales expediciones estuvieron las de Juan Pérez en 1774, Bruno de Ezeta y Juan Francisco de la Bodega y Quadra en 1775 y 1779, las de Esteban José Martínez en 1789, de Alejandro Malaspina en 1791, de Dionisio Valdés y Galiano en 1792 y otras varias, sin excluir algunas de navegantes extranjeros.

En cambio, los establecimientos dominicos no contaron con más comunicaciones que las que muy dificultosamente podían llevar a cabo por tierra con el centro de Loreto, antigua capital de las Californias, distante varios cientos de kilómetros de El Rosario, la misión más meridional de la frontera. Fue esta región, por consiguiente, a la que mejor pudo aplicarse la expresión de Meigs, “Baja California es una isla y lo ha sido siempre”. De aquí se deriva precisamente la significación principal que tuvo la cadena de fundaciones dominicas. Abrieron ellas la posibilidad, en su tiempo aún remota, de los nuevos asentamientos que, desde la segunda mitad del siglo XIX, poco a poco fueron surgiendo como avanzadas de México, frente a su poderoso vecino.

A establecimientos como los de El Descanso, San Miguel y Santo Tomás se debió que la bahía de Todos Santos no dejará de atraer la atención hasta que en ella se fundó el puerto y ciudad de Ensenada. Y también a la antigua misión de Guadalupe debe atribuirse que la comarca circundante se convirtiera después en tierra de olivares y viñedos, en la que, entre otros, fueron a establecerse varias decenas de familias rusas. En esto se halla la importancia de no haber dejado en olvido ese “país intermedio” calificado así por el franciscano Palou. Lo que allí acometieron los dominicos, con todas sus limitaciones y sus sombras, no fue tarea en vano. Es capítulo insuprimible en la historia de Baja California. Los adobes mismos, testimonio de sus edificaciones misionales —de las que Meigs hizo los primeros planos que se conocen— son un legado. Por ello, conviene repetirlo, este libro de Peveril Meigs, con toda la información de primera mano que nos ofrece, es un clásico en la historiografía de la California mexicana.

Debe ponerse él en parangón con los trabajos que versan sobre los pueblos indígenas de la misma región, entre ellos uno del mismo Meigs, *The Kiliwa Indians of Lower California*, publicado por la imprenta de la Universidad de California, Berkeley, en 1939. Varios centenares de indígenas bajacalifornianos mantienen hasta hoy vivas sus lenguas y tradiciones culturales. Más de uno de entre ellos, de linaje paipai, ha tomado la pluma, la máquina de escribir y aún la computadora, para dar salida a su pensamiento y emociones en nueva forma de recia y bella literatura.⁶

UN BOCETO BIOGRÁFICO DEL PROFESOR MEIGS

¿Quién fue el autor de esta obra? Peveril Meigs “the Third”, es decir el tercero que en su familia llevó este nombre, nació en el pueblo de Flushing, estado de Nueva York, el 5 de mayo de 1903. Si creyéramos a los antiguos astrólogos nahuas, los *tonalpouhque*, veríamos en la fecha de su venida al mundo el señalamiento de un destino. Nacido en un 5 de mayo, México habría de atraer su atención como investigador.

Sus estudios profesionales los realizó en la Universidad de California en Berkeley. Allí obtuvo su bachillerato en artes en 1925 y el doctorado en 1932 con especialización en geografía histórica. A partir de 1925, siendo de veintitrés años, inició sus recorridos por la “región de la frontera dominica”. Ello y sus pesquisas en archivos y bibliotecas, lo capacitaron para escribir su tesis que, revisada y enriquecida, se convirtió en el presente libro. Tuvo ella el honor de ser publicada por la imprenta de la Universidad de California, Berkeley, en 1935.

Añadiré que fue reimpresa por la John Reprint Corporation de la ciudad de Nueva York, en 1968. A pesar de su valor, este libro no había sido traducido al castellano, tarea que ha realizado ahora el distinguido escritor Tomás Segovia.

Es interesante notar que, aún antes de presentar su tesis en 1932, el joven Meigs había participado en la elaboración de un libro, junto con el renombrado maestro Carl O. Sauer. Dicho trabajo tuvo que ver con sus investigaciones en Baja California: *Site and Culture at San Fernando Velicatá* y fue publicado por la Imprenta de la Universidad de California, Berkeley, en 1927, o sea cuando Peveril tenía sólo veinticuatro años. En él, al lado del profesor Sauer, atendió a la que fue la única misión franciscana en la península.

⁶ En una reunión de escritores en lenguas vernáculas de México, celebrada en Ixmiquilpan, Hidalgo, en 1992, tuve ocasión de conocer al paipai Fernando Olmos Cañedo, autor de narrativa y poesía en su lengua materna.

La vida de Meigs estuvo dedicada a la investigación y la docencia en varias universidades y otras instituciones. La mayor parte de sus publicaciones, como el presente libro y su mencionado trabajo con Carl O. Sauer, fueron siempre resultado de investigaciones tanto en archivos y bibliotecas como, paralelamente, trabajando en el campo. He citado también su libro referente a los indígenas kiliwa con los que estuvo en contacto en la zona de La Frontera. Mencionaré ahora otra obra suya realizada bajo los auspicios de la UNESCO en función del “Programa de investigaciones en torno a las zonas áridas”, que puso en marcha dicha organización entre 1957 y 1962.⁷

Nombrado coordinador de la Comisión para las Zonas Áridas, de la Unión Geográfica Universal, Peveril Meigs acometió un proyecto de grandes alcances. Estuvo él dirigido específicamente al estudio de la geografía de los desiertos cercanos al mar. El proyecto abarcó desiertos en la India, Mesopotamia, la región árabe y el golfo Pérsico, la del Mar Rojo, una parte de los litorales de Israel, Egipto, Libia, Túnez, Sudán, Eritrea, Somalia, el antiguo Sahara español, Mauritania, Angola y Madagascar. Incluyó asimismo algunos desiertos costeros de Australia y, en el continente americano, los del noroeste de México (Sonora-Baja California), el desierto de Atacama y algunos lugares de la Patagonia. Fruto de tan ambicioso proyecto fue el libro intitulado *Geography of Coastal Deserts*, publicado por la UNESCO, en París, 1966. En el preámbulo a dicha publicación, destacándose su valor, se expresa:

Al ofrecer este volumen a los lectores especialmente interesados en las zonas áridas, la UNESCO desea agradecer al doctor Peveril Meigs —cuyos bien conocidos mapas homoclimáticos de las zonas áridas fueron publicados por la UNESCO en 1952—, por añadir ahora esta interesante visión de conjunto de los desiertos costeros en la Serie de Investigaciones sobre zonas áridas.

El profesor Meigs continuó hasta el fin de su existencia interesado en la geografía histórica y a la vez en temas de vital interés como el de las zonas áridas y las formas de su aprovechamiento. En uno y otro campo la California mexicana tuvo para él un lugar preferente. Peveril Meigs, a quien debemos la obra clásica que aquí se ofrece por vez primera en castellano, falleció en septiembre de 1979, en las inmediaciones de Boston, Massachusetts.⁸

⁷ Véase, “Weather and climate” publicado en Edmund C. Jaeger, *The North American Deserts*, Stanford University Press, 1957, pp. 13-32.

⁸ Debo y agradezco estas noticias al doctor W. Michael Mathes, que las obtuvo consultando en la Universidad de California, Berkeley.

ESTRUCTURA INTERNA E INTERÉS PERMANENTE DEL PRESENTE LIBRO

He hecho varias alusiones al enfoque con que concibió y escribió Meigs esta obra. Ella —importa repetirlo— es un excelente ejemplo de investigación histórico-geográfica y a la vez antropológica. Ahora reflexionaré brevemente sobre la estructura con que fue concebida y realizada.

Está ella distribuida en tres partes. En la primera, intitulada “La conquista de una frontera”, se ocupa Meigs de los antecedentes que hicieron posibles los establecimientos dominicos. El territorio en que esto ocurrió fue, como con razón lo hace notar, “una frontera heredada”, en cuanto que no correspondió a los dominicos escogerla sino aceptarla, como área que constituía “un vacío”, emprendido ya el avance franciscano a Alta California.

Además, existía un cierto conocimiento de esa región debido a algunas exploraciones realizadas por mar desde el siglo XVI y luego por los jesuitas, sobre todo por los padres Fernando Consag en 1746 y 1763, Wenceslao Linck en 1765-1766 y, finalmente, por los franciscanos en su viaje hacia San Diego en 1769.

Ahora bien, la información derivada de tales expediciones era muy incompleta. Por ello, correspondió a los dominicos ir reconociendo la región e ir determinando cuáles eran los sitios más convenientes para establecer sus misiones. En esta sección del libro expresa Meigs consideraciones muy pertinentes desde su enfoque de geógrafo. Incluye tres mapas, uno de demarcación de las áreas misionales, otro de las características físicas de la región de La Frontera, con señalamientos de las rutas de exploración y, uno más, de registro de climas y vegetación. Concluye esta primera parte describiendo, con apoyo en sus fuentes, los procedimientos que siguieron los frailes al ir fundando sus misiones.

En la segunda parte del libro —la más extensa— intitulada “El desarrollo de los distintos entornos geográficos”, Meigs se ocupa de cada una de las misiones. Describe lo más sobresaliente, a partir de lo que encontraron los frailes en el respectivo lugar. Trata así de sus características de clima, orografía, vegetación y recursos, en especial hidráulicos. Describe también los rasgos culturales de sus pobladores indígenas, y dedica amplia atención a lo que constituyó el proceso mismo de implantar la acción misional: construcción del templo y las diversas dependencias, introducción de cultivos y ganadería, enseñanza a los indios y, por supuesto, empeño evangelizador. Aunque sigue un esquema parecido al ocuparse de cada misión, introduce variantes cuando le parece necesario.

El orden que adopta es el cronológico de las correspondientes fundaciones misionales, de sur a norte, desde la de El Rosario hasta las de El Descanso, Guadalupe, Santa Catarina y San Pedro Mártir. Como una mues-

tra de las variantes citaré el caso de la de Santo Tomás. Al ocuparse de ella, habla de su puerto y comercio marítimo, así como de sus viñedos y producción de vino. También menciona el tráfico de pieles de nutria, en que participaron extranjeros llegados en sus barcos.

Los planos que él mismo dibujó sobre la base de la observación de los vestigios —muros de adobe— de las edificaciones de cada misión, constituyen una aportación de inestimable valor. Para apreciarla debe tenerse presente que, en varios casos, los más de cincuenta años que han transcurrido desde que él los preparó han traído consigo ulteriores destrucciones. Éstas han vuelto todavía más dificultoso reconocer cómo fueron las edificaciones de algunas misiones. Añadiré que, además de dichos planos, Meigs con su preparación de geógrafo profesional, elaboró otros, incluso mapas, de las áreas en que se fundó cada establecimiento misional. Puede decirse, en resumen, acerca de esta segunda parte que gracias a ella disponemos de información rica y copiosa que nos permite forjarnos una idea acerca de lo que fueron las misiones dominicas, tanto en sus correspondientes ámbitos geográficos como en su desarrollo histórico.

La tercera y última parte del libro, intitulada “Recapitulación”, proporciona datos estadísticos sobre temas tocantes a la historia de estas fundaciones. En primer término, nos da cifras referentes a la población indígena, basadas en cálculos tempranos, en los libros de misión y en otras fuentes. Formula además Meigs algunas comparaciones con las misiones franciscanas de Alta California.

Bajo el rubro de “Una visión general de las misiones” nos acerca a lo que era la vida en las cabeceras de las misiones y en las ranherías circundantes. Se ocupa, proporcionando también cifras, de sus producciones agrícolas y ganaderas, destacando algunos rasgos particulares de las distintas misiones. Pasa enseguida al tema de las comunicaciones. Destaca el hecho de que no existe información sobre llegada de abastecimientos por vía marítima. Dos brechas comunicaban las misiones, una paralela a la costa y otra a lo largo de la sierra. Ambas se unían en el sur a la altura de la antigua misión franciscana de San Fernando Velicatá y, en el norte, cerca de la ranhería de Tijuana. Una y otra brechas tenían una longitud que sobrepasa los 450 kilómetros.

A pesar del aislamiento de la región de La Frontera, el camino real a Loreto continuó operando e incluso sirvió en ocasiones para hacer llegar hasta San Diego determinadas noticias o disposiciones reales y eclesiásticas y también para el tránsito de pequeños destacamentos militares. El camino a San Diego desde las misiones dominicas más septentrionales, aunque no propició contactos entre los franciscanos y los dominicos ya que unos y otros tenían sus correspondientes jurisdicciones, permitió al menos limitados intercambios y ventas de productos como pieles y vino.

Concluye Meigs esta última parte de su libro describiendo lo que fueron la decadencia y final abandono de las misiones de La Frontera. Con conciencia de que, de varias formas, dejaron ellas honda huella en el ámbito septentrional de la Baja California, reflexiona sobre la situación que prevalecía en la región al tiempo en que realizaba sus investigaciones. A continuación expresa algo de lo que piensa puede ser el futuro de ese territorio. En él se iniciaban entonces algunas transformaciones, entre ellas el desarrollo de Ensenada y Tijuana y, en el valle regado por las aguas del Colorado, había una agricultura en grande escala, la del algodón.

El libro concluye con un apéndice que proporciona equivalencias respecto de los antiguos términos españoles con que se expresaban los pesos y medidas. También incluye dos tablas, una sobre las cosechas y el ganado de cada misión en varios años, desde 1775 hasta 1835, y otra sobre sus habitantes de 1775 a 1860; es decir, después ya de su desaparición. A más de esto, enriquecen la obra sus correspondientes elencos bibliográfico y documental, un índice analítico, otro mapa del norte de la península en el que se destacan los emplazamientos de las misiones dominicas con sus principales rancherías circundantes, las brechas existentes y los límites septentrionales fijados por el franciscano Palou en 1773 y por el dominico Sales en 1788. La edición de 1935 contiene un conjunto de fotografías de diversos lugares de la región, incluyendo las de las ruinas de varias misiones: proporciona imágenes de lo que Peveril Meigs contempló y registró entre 1926 y 1929.⁹

¿OTRAS OBRAS SOBRE LAS MISIONES DE LA FRONTERA?

A la luz de cuanto nos ofrece este libro, cabe preguntarse si, desde su primera publicación en inglés en 1935, han aparecido otros que versen sobre el mismo tema. La respuesta es que efectivamente se han preparado algunos trabajos, pocos por cierto, que en manera alguna han disminuido el interés de la aportación de Meigs. No siendo mi intención hacer aquí un listado de tales trabajos, sólo mencionaré algunos principales.

En primer lugar citaré la que fue tesis doctoral, hasta ahora no publicada, del dominico Albert Bertrand Niesser, *The Dominican Mission Foundations in Baja California, 1769-1822*, presentada en el Departamento de Historia de Loyola University, Los Ángeles, en 1960. De este trabajo puede decirse que, concebido con un enfoque teñido de obvia simpatía hacia los misioneros de la misma orden religiosa, cofrades del

⁹ La presente edición no incluye tales fotografías pues el estado de las mismas en la publicación de 1935 no permitía una adecuada reproducción. [N.E.].

autor, enfatiza mucho más que el libro de Meigs, los aspectos de la evangelización de los indígenas. Apoyado en fuentes documentales de primera mano, reúne noticias que completan en algunos puntos lo aportado por Meigs, como en lo concerniente a estadísticas demográficas, con el registro de bautismos, matrimonios y muertes de los indios conversos. La obra del padre Albert Bertrand Niesser carece, en cambio, de la perspectiva geográfica onnipresente en la de Peveril Meigs. De cualquier forma, para la historia de La Frontera es de positivo interés esta tesis doctoral cuya publicación está en proceso dentro de la Colección Baja California: Nuestra Historia.¹⁰

Trabajo mucho más breve y de divulgación —originalmente fue una conferencia— es el de Antonio Zavala Abascal, “Las misiones dominicas, el turismo y la leyenda negra de Tijuana y la Baja California”.¹¹ De él puede decirse que tuvo el propósito de mostrar que las misiones dominicas constituyen un importante legado para Baja California. En lo que de ellas queda, incluyendo sobre todo su historia y su huella de cultura, encuentra el autor argumentos para afirmar que la California mexicana “tiene tradición y leyenda”.

Mencionaré finalmente la obra *Panorama histórico de Baja California*, por varios autores y coordinada por David Piñera Ramírez, publicada en 1983.¹² En ella se incluyen tres capítulos que se refieren a las misiones de La Frontera. Uno es de quien esto escribe, “La labor de los dominicos”.¹³ En él, apoyándome en la obra de Meigs así como en varias fuentes documentales, describo los antecedentes, fundación y extinción de esta cadena de misiones. Tal vez el interés de mi trabajo radique en lo que expongo sobre la situación jurisdiccional de estas misiones dentro de los cambios político-administrativos de que fueron objeto las Californias. Ocurrieron ellos al establecerse las llamadas Provincias Internas; más tarde al consumarse la independencia de México y, finalmente, al establecerse respecto de ellas un estado de excepción cuando se decretó en México la supresión del régimen misional en 1833. Citando el libro ya mencionado de Ulises Urbano Lassépas, *Historia de la colonización de la Baja*

¹⁰ Una fotocopia de esta obra me fue proporcionada por la maestra Edna Aidé Grijalva Larrañaga, que ha trabajado con grande empeño para lograr la publicación del presente libro y de los otros que forman parte de la Colección Baja California: Nuestra Historia, SEP-UABC.

¹¹ Antonio Zavala Abascal, “Las misiones dominicas, el turismo y la leyenda negra de Tijuana y la Baja California”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, julio de 1964, t. XCVI, pp. 231-270.

¹² David Piñera Ramírez (coord.), *op. cit.*

¹³ Miguel León-Portilla, “La labor de los dominicos”, pp. 126-141. Véase también el capítulo XIV del presente libro.

California, describo al final lo que en esa última década quedaba como vestigio de dichas misiones en la Baja California.

Los otros dos trabajos incluidos en *Panorama histórico de Baja California* son: “Estado actual de las misiones”, por Laura Cummings Kennedy, y “San Vicente y San Quintín”, por Martín Barrón y Guadalupe Barbosa.¹⁴ El primero describe sumariamente la situación hacia 1980 de cada una de las misiones, no sólo de La Frontera sino de toda la Baja California. Incluye fotografías que ilustran el estado de las de Santo Domingo, San Vicente Ferrer y Santo Tomás.

El otro trabajo, muy breve, constituye un resumen acerca de la misión de San Vicente Ferrer, su historia y la importancia de preservar los vestigios que quedan de ella. Uno de sus autores, Martín Barrón, había publicado antes un opúsculo sobre *San Vicente Ferrer, 1780-1880. Historia de un pueblo* (1981).¹⁵ En él, además de insistir en la importancia de ese establecimiento misional como punto de arranque en el desarrollo de la región en la que más tarde llegó a florecer la agricultura, específicamente en el valle de San Quintín, describe los trabajos realizados para preservar las ruinas de las antiguas edificaciones dominicas.

Conservar los vestigios de estas misiones concierne en verdad a la cultura de Baja California y a quienes de modo especial deben salvaguardarla para las futuras generaciones. Y no sólo interesan los vestigios materiales sino particularmente su historia, que se vuelve presente al tomar conciencia de ella para ahondar en las raíces de la propia identidad. El libro de Peveril Meigs es en esto un precioso auxiliar. Recrea él en su investigación, con simpatía y acuciosidad, la imagen de lo que era el entorno geográfico en el que frailes dominicos, indios y rancheros californios interactuaron dando lugar al nacimiento de nuevas formas de cultura. Para quienes hoy viven y laboran con la esperanza de un futuro mejor en ese mismo espacio geográfico fronterizo de la California mexicana, esta obra podrá ser un *vademecum*, acompañante, para conocer mejor la tierra que fue de misiones, e ir descubriendo a cada paso significaciones que sólo la historia puede revelar. Percibiéndolas, la vida se enriquece y se torna más humana.

Quien esto piensa de la historia y ama entrañablemente a la California nuestra, al suscribir este prólogo lo hace con el deseo de que sean muchos los que en su lectura disfruten de cuanto este libro nos ofrece.

¹⁴ Laura Cummings Kennedy, “Estado actual de las misiones”, en: David Piñera Ramírez, (coord.), *op. cit.*, pp. 142-151.

Martín Barrón y Guadalupe Barbosa, “San Vicente y San Quintín”, en: David Piñera Ramírez, (coord.), *op. cit.*, pp. 247-252.

¹⁵ Martín Barrón, *San Vicente Ferrer...*

